

Vivas, libres, unidas

Si 2018, o “el curso” 2017-2018, es el *año de las mujeres* no es por decisión de la ONU como en 1975, sino porque mujeres de todas partes, condiciones y edades salimos a las calles en las marchas multitudinarias de una movilización global e integral. Movilizaciones que son fruto de muchos años de lucha y conciencia feminista; parte de su novedad estriba en su capacidad para llegar a mujeres que nunca antes se habían declarado feministas. Muchos son los motivos para gritar basta: los femicidios en América Latina, el machismo burdo y repugnante de Donald Trump, la salvaje explotación de mujeres y niñas en las empresas textiles instaladas en países asiáticos y africanos, la trata y explotación sexual de mujeres, la brecha salarial todavía existente en los llamados países desarrollados, el reparto sexista del trabajo remunerado y no remunerado, el incumplimiento de la Carta de Estambul contra la violencia de género o de la Declaración de Atenas que consagraba la paridad política en la Unión Europea, el acoso sexual denunciado por el movimiento Me too en Estados Unidos... Esta disparidad de motivos y situaciones origina el carácter global e integral de las movilizaciones de mujeres. En unos casos son la resistencia a perder terreno conquistado, en otros la denuncia, pero siempre representan el empuje de la mujer como *sujeto* de una revolución singular y en marcha desde hace más de un siglo, cuyos logros están transformando las sociedades al afectar a la esfera privada y más personal de la especie humana. El cambio de paradigma en la relación entre hombres y mujeres exige cambios estructurales que no son bien recibidos por los poderes garantes del orden social y económico imperante. Queda mucho por hacer y mucha reacción que frenar.

En nuestro país un 8 de marzo impresionante, multitudinario y transversal, y la respuesta inmediata y masiva ante la sentencia de la manada han evidenciado la frescura y fortaleza del movimiento feminista en España por encima de sus propios colectivos organizados y de los partidos políticos. Pero tiene su historia. Debemos mirar a la respuesta en la calle a la fracasada Ley Gallardón. Desde el primer momento las concentraciones y manifestaciones demostraron que éramos muchas, muchísimas, las mujeres no dispuestas a perder ni un milímetro de lo conquistado. Las movilizaciones unieron a feministas de *toda la vida* organizadas en diferentes colectivos con mujeres que salían a la calle por primera vez y de forma muy destacada con mujeres jóvenes, o muy jóvenes, que no estaban dispuestas a perder lo que para ellas no era una conquista sino un derecho adquirido. Con las mujeres, al lado, también hombres. Y vencimos. El gobierno retiró la ley y Gallardón dimitió. Desde hace cuatro años las mujeres hemos salido a la calle, unas organizadas en colectivos, otras con compañeras de trabajo y amigas, mayores y jóvenes... convirtiendo las marchas y concentraciones en lugares de encuentro intergeneracional y plural, como se ha vivido también en las convocatorias del 7N contras las violencias machistas y en la celebración del 25N. El 8 de marzo de 2017 desbordamos la Gran Vía; algunas ese día ya habíamos secundado el primer paro internacional de mujeres; ese 8 de marzo las portadoras de la cabecera dieron un paso atrás para dejar la entrada a mujeres jóvenes cuya energía y alegría junto a sus gritos mostraron que la lucha de tantos años contaba con ellas, hijas y nietas de feministas se declaraban *Gracias a mi madre me hice feminista*.

La preparación del 8 de marzo de 2018 nos ha enseñado a convivir desde las diferencias; esta forma de organizarse y trabajar es deudora de la experiencia vivida por muchas mujeres en el 15M, aprendiendo e interiorizando prácticas de inclusión, consenso y participación horizontal. Declaraciones de mujeres, que nunca se habían sentido feministas, definiéndose como tales manifiestan el rechazo de la hegemonía patriarcal. Sólo se han excluido aquellas que lo han querido anteponiendo discursos de partido (PP y Cs). Y ni siquiera entre éstas ha podido mantenerse la distancia ante la fuerza y vigor de las movilizaciones.

El 8 de marzo fue un día de huelga pero de un nuevo tipo de huelga, laboral, de cuidados, de estudios... una protesta colectiva planteada por la necesidad de hacer emerger todo lo que oprime desde unas relaciones laborales marcadas por el sexismo y la brecha salarial, basadas en una competitividad depredadora, hasta la defensa de nuestros cuerpos y libertad sexual. Ese día volvimos a denunciar que nosotras sufrimos la crisis siendo el colectivo más afectado por la precariedad laboral y los recortes en políticas sociales. Nuestra conciencia de la importancia de sumar y visibilizar a todas nos permitió encontrar fórmulas de participación no excluyentes que permitieran a todas participar. Buena muestra de ello fue la complicidad de aquellas cuya situación particular les impedía secundar la huelga, a través de los delantales en las ventanas o lazos morados. Como cantaban las compañeras de Bilbao, emocionándonos, *yo por ellas y ellas por mí*. Fundamental fue la contribución de las periodistas secundando la huelga y *dejando el hueco*; su pluralidad es un buen indicador de que el objetivo de llegar a más mujeres de las declaradas feministas se ha cumplido. Las concentraciones en las plazas, las manifestaciones en ciudades y pueblos y la manifestación de Madrid cerraron una jornada histórica. Hemos conseguido que *lo personal sea político*, nuestra revolución no busca ya sólo conquistar derechos sino poner en el centro nuestro papel y protagonismo en la sociedad, cuestiona y transforma los cimientos del patriarcado como orden social, aspira a conseguir la hegemonía simbólica.

Pero tras el 8 de marzo el poder patriarcal golpea cruelmente: la sentencia del juicio de *la manada*. Habíamos salido a la calle, mayoritariamente mujeres pero también hombres, durante el juicio, denunciando el machismo burdo y brutal que considera la vida privada de la víctima como justificación para la violación, se habían tomado las calles el 25N de 2017 denunciando la violencia machista y la hipocresía de quienes firman un pacto de Estado contra esta violencia pero no invierten en su desarrollo; en esas manifestaciones habíamos gritado que *la calle y la noche también son nuestras* y que queremos volver solas y seguras a casa. Es duro tener que reclamar que *No es No*. Lo sucedido en los San Fermín y repetido por *otras manadas* ha provocado rechazo y denuncia en la sociedad española pero el repudio social a la violencia machista no se ha visto respaldado por una sanción judicial, aunque sí por una respuesta y reacción inmediata y masiva. Otra vez en la calle, que también es nuestra, defendiendo que no se va a tolerar que se nos imponga esta agresión. El lema gritado: *sola y borracha quiero llegar a casa* sintetiza el derecho a vivir libres y autónomas y la obligación de los poderes públicos a proteger ese derecho. No valen subterfugios. Somos dueñas de nuestro cuerpo y la decisión y la voluntad es nuestra. Se ha acabado el tiempo del miedo, de mirar atrás continuamente, de taparnos para no provocar...

La sentencia de la manada es violencia patriarcal que no puede quedar impune. Ha mostrado el absurdo de un código penal que no entiende que el avance y fuerza de las mujeres está poniendo patas arriba el orden patriarcal y que no hay marcha atrás. El cambio será feminista o no será porque *sin nosotras no hay futuro*. Una de las razones más poderosas para explicar esta fuerza de las mujeres en la calle es la conciencia de que la violencia machista no es un problema de crímenes pasionales ni casos aislados de “enajenación mental” sino manifestación brutal del patriarcado como respuesta a los cambios que están alterando su orden. La última manifestación celebrada días antes de cerrar este editorial ha denunciado la hipocresía y las falacias de un Pacto de Estado contra la Violencia de Género. Como se gritaba en las calles: *Menos lacitos y más eurillos*. No aceptamos políticas de maquillaje y foto sin compromiso real y efectivo para erradicar la más salvaje respuesta del orden patriarcal que se manifiesta en la vida cotidiana y personal.

Nosotras estamos en marcha, seguimos avanzando. *Viva la lucha de las mujeres, cuando las mujeres avanzan, el mundo gana*.